

para la tierra intelectual infantil; conocemos los cromos multicolores representando angrietas carniceras patrióticas que se ofrecen al pueblo como alimento espiritual; sabemos que el libro de Bucher, *Fuero y Materia*, no es la cuenta al editor 75 céntimos, se vende a siete francos el ejemplar, mientras que por 50 céntimos se pueden conseguir en las librerías francesas libros porográficos de diferentes autores... republicanos.

Sabemos mucho, mucho más. Que se ametralla al pueblo en Formines y en Carmaux, que se le obliga a aceptar por la fuerza, o con cierta permeación democrática muy alucinadora, el arbitrio patronal autoritario para dominarle y engañarle con todos los requisitos de la ley; en una palabra, que con una ficción liberal se desahucian de todos los ciudadanos los derechos sociales que con un mentado respeto al derecho de asociación se les niegan en cualquier caso; que se le ametralla, en fin, en cualquier ocasión, cuando protesta o se rebela contra los derechos adquiridos de sus explotadores.

Y como sabemos algo más de esto, lo seguimos diciendo en otro número.

ARTURO NIALÉ

El domingo próximo se celebrará en el Centro Obrero de Estudios Sociales, a las cuatro de la tarde, la acostumbrada reunión mensual.

Habiéndose de tratar en dicha reunión asuntos importantes, relacionados con la propaganda y con la vida íntima del Centro, se ruega a todos la más puntual asistencia.

La separación del Estado y la... en Francia

Al otro lado de los Pirineos los empleados de Correos y Telégrafos y los maestros y maestras de escuela están muy excitados contra el gobierno, a consecuencia de los desmanes y arbitrariedades que comete contra ellos.

Ellos han visto que los trabajadores de los arsenales pertenecientes al Estado han llegado a constituir una poderosa federación que agrupa más de 70.000 proletarios, y unidos a la C. N. C. Consideración, saben hacer respetar y temer por sus jefes, por el patrón-Estado.

Ellos han visto también a otras categorías de obreros pertenecientes al Estado, como son los que trabajan en las fábricas de tabacos, en las de cerillas, etc., que saben discutir con el patrón-Estado de la misma manera que los ciudadanos obreros de los arsenales. Y en cambio, ellos, los mencionados empleados, se encuentran divididos e impotentes para hacerle tener de sus superiores y trabajar por su emancipación moral y material.

En efecto, reconociendo por la experiencia que la asociación les daría más fuerza para defender sus intereses, han comenzado por agruparse y a toda costa consiguen penetrar dentro de la Bolsa del Trabajo, asociarse con los hijos del pueblo, ser un factor del movimiento obrero y compartir las luchas modernas con los demás trabajadores.

Que los obreros de la industria privada se asocien, puede pasar, pero que los funcionarios del Estado lo hagan es intente luchar al lado de los demás asalariados... he aquí una cosa que el gobierno de la república no tolera y castiga con severidad.

A cada instante hay algún empleado que cae en desgracia y que, por consiguiente, es destituido. Y no ha pasado tiempo 340 empleados de correos fueron destituidos en un mismo día. Treientos cuarenta hombres lanzados a la miseria por haber pedido más jornal y mejores tratos a un gobierno republicano... democrata... y casi socialista.

Ahora viene lo más importante del caso que nos ocupa. Los profesores afirman categóricamente su voluntad de agruparse en sociedades de resistencia, y en un manifiesto publicado en *La Revista de la Enseñanza* se leen párrafos tan homineros como los siguientes:

«Los profesores están decididos a substituir a la autoridad administrativa que depende del Estado, la fuerza sindical.»

«... Es, en fin, por razones morales por lo que los profesores reclaman el derecho de constituirse en sindicatos; ellos quieren entrar en las Bolsas del Trabajo; ellos quieren formar parte de la Confederación general del Trabajo.»

transformación social. Ellos no quieren aturdir por más tiempo a sus jóvenes discípulos recitándole escenas de barbarie que los señores verdugos de antaño provocaban para divertirse, ellos pretenden que hay otra cosa dentro de la historia que la apoteosis de conquistadores o explotadores; ellos sostienen que se puede enseñar a los niños algo más grande que el odio egoísta de aquellos que sufren, trabajan y luchan como ellos del otro lado de las fronteras.»

Los manuales escolares de todo tienen mero de laico y esto es lo que subleva a los profesores.

Ellos piden, en fin, la completa libertad de arbitrio del dogma patriótico y de clasificar ellos mismos los libros clásicos.

Después, los obreros de los arsenales, los empleados en la administración de Correos y Telégrafos, la federación de obreros municipales, el sindicato de obreros empleados en la fabricación de monedas y medallas y otras corporaciones que dependen directamente del Estado, han dado a comprender que desean la gestión directa de los servicios públicos y la supresión de la jerarquía administrativa.

Ante semejante movimiento revolucionario, el diario *Le Temps*, portavoz de la burguesía, no puede menos que exclamar: «Los sindicatos de funcionarios serían un poder formidable que se dirigiría contra el Estado y que, por medio de la huelga, suprimirían toda voluntad de resistencia. ¿Qué gobierno podría resistir a una huelga de cobradores de contribuciones, de empleados de Correos y Telégrafos...? ¿Para qué servirían los ministros y el Parlamento? Esto sería el sindicato soberano. Como se ve, la burguesía está muy preocupada y de paso pide al gobierno leyes y más leyes represivas que detengan ese movimiento libertador, y eso es lo que hacen los gobernantes como buenos y fieles lacayos. Y lo más irónico del caso que mueve nuestra pluma, es que la clase obrera recibe los golpes directamente de hombres que habían sido sus más ardientes defensores.»

Briand, el estocástico propagandista de la huelga general, el hombre que al entrar a formar parte del ministerio Sarrien declaró que no renegaba de su pasado y contablemente siempre se rindió partidario del socialismo, ahora, como ministro de Instrucción Pública, es el encargado de tener a raya a los maestros, y lo hace como cualquier ministro reaccionario. F. PONS

A la moda de Dios

Un hombre rico y su doméstico viajan en país montañoso. El hombre es un terrible tempestad que se produjo, les obliga a buscar abrigo en una caverna. En ella esperan en vano el fin del huracán, y hubieron resignarse a pasar la noche en aquel lugar.

«Mi buen amigo—dijo el señor—yo tengo hambre. ¿No tenéis nada que darme de comer? El servidor hizo ver un pedazo de pan que era todo cuanto él tenía, y lo ofreció a su señor.»

Entonces éste dijo: «No quiero ser injusto; es vuestro pan; ofreciéndome, cumplís vuestro deber de servidor, pero el mío es de daros vuestra parte.»

«Bien, señor; partidito como mejor os plazca.»

«No conforme a mi gusto, esto sería injusto; os devo escoger: ¿queréis que lo parta como hacen los hombres entre sí, ó como tiene Dios la costumbre de hacerlo? El servidor, después de reflexionar, dijo: «Señor, partidito a la moda de Dios.»

«Puesto que así lo queréis, desgraciado, no tendréis nada, puesto que Dios me ha hecho millonario, en tanto que a vos os ha dejado en la miseria.»

Resignación

Según su costumbre, el viejo Jacques se había levantado a las cuatro y, con el azadón al hombro, a presa del viento y del frío, se había marchado a trabajar al campo. Y cuando el sol se hubo hundido detrás de las montañas, y la brisa sopló más fuerte y fría, entonces sintió fatiga. Su mano no podía sostener la herramienta y se dejó caer sobre el duro suelo. Pasado un instante, y haciendo un nuevo llamamiento a sus fuerzas, se arrastró, mejor que caminó, hacia su cabaña, y como al llegar la noche envolvió todo con su negro manto, cayó desvanecido en el suelo, mientras las ráfagas sacudían con fuerza el techo pedregado de su habitación.

Sumido en profundo letargo, herido de la muerte, Jacques tuvo un sueño, el último. Vióse transportado en un país de opulencia en el centro de una campiña ornada con flores brillantes y olorosas, llena de abundantes mieses, y árboles que se doblaban al peso de sus frutos. Sentíase contento de vivir, contento con la felicidad de las cosas y del risueño bullicio de los seres que no veía, pero adivinaba dispersados en aquellos campos. A pesar del presentimiento de la vida de estos seres, Jacques se encontraba solo y se puso a marchar, caminando derecho ante sí, a fin de hallar un compañero.

Caminó mucho tiempo, sin fatiga; a través de prados y jardines, entre los bosques de sombra verde y apacible; vadó ríos, cruzó montañas, y se detuvo al borde de lagos cubiertos de reflejos; al azul de un cielo sin nubes. Parecióle como si transcuriera un día, y otro, y otro, sin que la noche llegara, y creyó estar transportado en el país de la eterna luz y de la felicidad perpetua. No sentía el hambre, ni la sed, ni el cansancio; y así, a veces, cogió un fruto y bebió unas gotas de agua, pero por tentación de tanta necesidad y límpido, pero no para satisfacer una necesidad.

pujó la puerta del edificio y encontróse ante una escalera de mármol. Subióla, y al llegar al alto de ella apareciósele un viejo dándole la bienvenida e invitándole a entrar. Siguió al desconocido, a través un vestíbulo decorado con estatuas que reconoció por haberlas visto semejantes en el parque del castillo señorial de su país, penetró en una gran sala, y habiéndole el guía invitado con un ademán a tomar asiento, efectúolo así en un rico taburete de madera, esperando, inmóvil y silencioso, a que se le interrogara.

«¿Qué es lo que vienen a buscar aquí? —La paz—respondió Jacques—la paz y el reposo.»

«Ami, pues, ¿no los has conocido nunca cuando los has desahucado? Yo sí, en embargo, que tu vida había transcurrido en la paz y el bienestar, que, atado tanto tiempo a la tierra, desconocías la agitación y la intranquilidad.»

«—Resignado! Cuéntame, pues, tu historia. —Mi historia es humilde, y si creéis hallar en ella choques y peripecias y aventuras, pronto os desengañaréis de ello. —No temas y satisface mi demanda.»

«—Sea. Sabed, pues, que cuando yo nací mi primer vagido fué el precursor del último grito de mi madre, y encontré la muerte en el dintel de mi vida. Mi padre me murió poquísimos; no obstante, no me trató como a un niño en la abundancia. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba porque eran envidiosos. Al llegar a la edad de diez años me educó en la sencillez. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que a mis hermanos. Queríame más muy poco y obligáteme a hacer los más rudos trabajos, tratándome como al último de sus numerosos criados. Yo, no obstante, me amé, y aun cuando sufría al ver su despojo, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed